

—¿Qué es eso de *Work-house*?—preguntó.

—¡El asilo de los que nada tienen, y no quieren, sin embargo, morir en la calle!

—¿Son gentes tan repugnantes como las que hemos visto?

—¡No, son pobres!

—¡El *Work-house*!—repitió Genoveva.

La joven vacilaba. Hubiera preferido permanecer allí, en aquella obscuridad. Pero un animalejo que pasó rápidamente rozando sus pies, la hizo lanzar un grito de espanto.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó.

El pobre Patrick respondió como Hamlet, sin haber leído á Shakespeare:

—¡Una rata!

—¿Una rata?

Genoveva sintió entonces escalofríos de miedo. ¡Una rata! Le pareció que las patas heladas del repugnante animal se posaban sobre sus manos, y que algo de peludo y asqueroso rozaba su semblante.

¡Una rata! La causaban un horror instintivo.

—Marchemos, Patrick. ¡Llebadme donde queráis! Al *Work-house*, si no hay otro sitio.

Se hubiera mostrado dulce y resignada respecto del más cruel de los dolores: la agonía. En cambio, sintió un miedo atroz, y huyó acosada por la repugnancia que le causó.... *una rata*.

X.

El *Work-house*.

Casi arrastrada por Patrick, Genoveva se dejó guiar, sin hacer objeción ni resistencia alguna, y el irlandés, no conociendo mejor refugio que uno de esos edificios donde cada parroquia aloja y abriga á sus pobres, llamado el *Work-house* (*casa de trabajo*), la condujo á él, diciéndola durante el camino que aquel lugar era el asilo benéfico de todo el que tuviera necesidad de pan y abrigo.

—Cuando llegue el día (dijo Patrick á Genoveva), os procuraré un asilo mejor, pero no puedo permitir que hasta entonces permanezcáis al descubierto, bajo la influencia de la niebla y el frío.

Accesos de tos prolongada y seca invadían con frecuencia á la pobre niña, haciendo estremecer á Patrick.

Marcharon costeano los altos muros sin ventanas, de aspecto tan siniestro como los de una prisión, que constituyen las construcciones antiguas que se ven en Londres, y que dan idea de una civilización gigante, en que se admiran á la vez las dificultades y los triunfos de la criatura humana.

Genoveva marchaba temblorosa y con paso va-

cilante, repitiendo en voz baja la fatídica frase de *Work-house*, preguntándose, al ver las murallas de los Doks:

—¿Será ahí?

No era allí; pero el edificio de *Work-house*, con su pequeña puerta abierta en un muro espeso, se parece mucho á aquellas murallas gigantescas y pavorosas.

Genoveva tuvo miedo cuando Patrick se paró delante de aquella pequeña puerta.

Cogió las manos de Patrick, y le dijo con voz suplicante:

—No me abandonaréis, ¿no es verdad?

Los dedos de la pobre niña acusaban una fiebre intensa.

—Genoveva (dijo Patrick), detrás de esa puerta está la salud. ¡Entrad! Mañana al mediodía, cuando salgáis, ya os tendré preparado un asilo.

—¿Mañana? ¿Queréis que yo permanezca ahí dentro hasta mañana?

—Una vez dentro, os será forzoso permanecer en ese edificio hasta que hayáis pagado con un poco de trabajo el asilo que os habrán dado.

—¿Que me será forzoso permanecer ahí dentro? ¿Es esta acaso una prisión?—preguntó Genoveva.

—Es el refugio; es la salud. Os lo suplico; entrad, Genoveva. Si he vacilado, es porque esperaba que en los alojamientos que hemos recorrido nos darían una cama, que no quería pedir á la caridad. Pero ahora no hay más que este refugio abierto delante de nosotros. ¡Entrad, Genoveva, si queréis vivir, si no queréis que la desesperación me ciegue y haga que me rompa la frente contra esa muralla!

¡El asilo! ¡El refugio! ¡La caridad!

Para la *Francesa*, el nombre inglés de *Woorck-house* se traducía por la palabra terrible para los enfermos y para los pobres: *El hospital*.

Con el pensamiento veía detrás de aquellos altos muros negros, mojados por la lluvia, largas salas con lechos de cortinas blancas, enrojecidos por el reflejo de las lamparillas, y sentía estremecerse todo su cuerpo al pensar lo tristemente que debía morir allí.

¡El hospital! ¿Entraría en él para no volver á salir?... ¿Moriría allí?

—¡El hospital!—murmuró con voz débil, buscando instintivamente consuelo en los brazos de Patrick.

—No es el hospital (contestó el irlandés). Os juro por mi alma, Genoveva, que es un asilo. ¡Entrad, pues! ¡La lluvia que cae esta noche es tan fría!... ¡Entrad, entrad de una vez!

—¿Y vos?—preguntó Genoveva.

—¿Yo? Pasaré la noche en la calle; no siento frío. Mañana al clarear buscaré un rincón donde podáis vivir oculta, lejos, muy lejos de los que os persiguen.

—¡Ah! ¿Por qué habré dejado la cabaña del viejo Bob?—dijo la niña.

Después, con una sonrisa inefable, y con una voz que parecía á Patrick la de un ángel:

—¿Pero qué importa la noche? Soy en cambio feliz. Ahora ya sé que me amáis.

Patrick sintió inundarse de lágrimas sus ojos.

—Entraría en esa casa de misericordia si entráseis conmigo,—añadió la joven.

—Pero si, aunque entre, estaremos separados.

—No importa.

—¿Y cómo encontraré para mañana una habitación?

Mañana la buscaremos juntos. Pero yo no quiero entrar sola aquí.

Y miraba la pequeña puerta cerrada.

Patrick tiró del botón de cobre de un timbre.

La puerta se abrió.

Un hombre medio dormido apareció á la vista de los jóvenes, con un farol encendido, preguntándoles:

—¿Qué deseáis?

—Un asilo.

—Entrad,—contestó.

Genoveva pasó su brazo alrededor del de Patrick, estrechándose contra él.

El hombre les preguntó cómo se llamaban, y el sitio de donde venían á estas horas de la noche.

Vagabundos, miserables, mujeres, niños; en una palabra: todos los que se presentan en el *Casual ward* son recibidos, siempre que contesten á estas preguntas de rigor.

No se les exige que digan el verdadero nombre y lugar de su nacimiento. Se les cree desde luego bajo su palabra.

—Yo me llamo Patrick Donegan,—dijo el irlandés.

—¿Y vos?—dijo el empleado, dirigiéndose á Genoveva, y anotando entretanto en el registro.

La infortunada sintió acudir el rubor á sus pálidas mejillas, á la idea de que su nombre modesto, pero honrado, iba á quedar inscrito en aquellas banales páginas que marcan el paso de la sórdida miseria, del vicio sin asilo, y del crimen en sus distintas gradaciones.

Patrick comprendió su repugnancia.

—Es mi hermana,—contestó bruscamente.

El empleado, sin otra explicación, le dijo:

—Entonces inscribiré otra vez el apellido Donegan.

—¡Sí, Donegan! La doy mi apellido, como si fuera mi esposa,—pensó Patrick, sonriendo á esta idea.

Mientras que Genoveva también pensaba:

—¡Su nombre!

Fué preciso separarse. Genoveva hacía esfuerzos para no llorar. Patrick la consoló con un ademán cariñoso.

—Hasta mañana (la dijo). Saldremos de aquí reunidos.

Y dulcemente, con voz trémula, añadió:

—¡Hasta mañana, hermana mía!

Era feliz al pensar que, al menos, la niña encontraría en el lecho que la señalasen abrigo contra la mortal humedad de la densa niebla del exterior.

Genoveva esperó, mirando recelosa alrededor suyo, hasta que llegó una vieja, que traía en una bandejita una taza llena de un líquido caliente, y á su lado un blanco panecillo.

—Aquí tenéis vuestra sopa,—le dijo.

—¿Mi sopa?—balbuceó Genoveva.

—¡Sí; venid!

Genoveva miraba sin comprender este pan, la taza humeante y á la anciana que la sonreía.

La mujer se puso en marcha, y ella siguió sus pasos.

Se abrió una puerta. La niña sintió el suave calor de una estufa.

—Este es el baño,—dijo la anciana.

—¿El baño?

—Comeréis y beberéis esto en el baño ó después del baño, como queráis.

Genoveva no se daba cuenta de si estaba ó no despierta. Comprendía, sin embargo, la atmósfera saludable que respiraba en este refugio, muy diferente del infecto ambiente del otro alojamiento en que había estado.

—Me daréis vuestras ropas (añadió la buena mujer). Se os devolverán mañana, después de azufradas y desinfectadas.

Esta orden denigrante hizo palidecer á Genoveva. ¿Qué seres tan desgraciados, qué miserias tan ruines no vendrían á acogerse en aquel asilo?

Al sumergirse en el agua del baño, cuya temperatura era en extremo agradable, sintió un estremecimiento, una indefnible sensación de infinita voluptuosidad. Con los ojos cerrados, los brazos extendidos y las manos reposando sobre la superficie del líquido, se quedó medio dormida, despertándose al ruido que hizo la anciana al acercarse de nuevo. Esta traía una camisa de lienzo muy blanco; la camisa había sido antes calentada á la estufa.

—¡Vamos, hija mía; hay que dejar el lugar á otro!

¡Á otro! La palabra era siniestra. Los desgraciados se suceden con rapidez en estos asilos.

La caridad impone en ellos un baño á todos los acogidos, pero un baño en que se sirven de la misma agua, hasta que se pone fangosa. Un redactor de un diario se introdujo, bajo nombre supuesto y como un necesitado cualquiera, en uno de estos establecimientos, sufrió el suplicio de este baño repugnante, y al día siguiente denunció, en un ingenioso artículo, este modo original de lavar

los cuerpos. Desde entonces, cada pobre tiene agua limpia.

Genoveva salió un poco reanimada del baño, abandonándose por completo á la ley que en el refugio regía, como una reclusa que abdica por completo su personalidad. Apenas había mojado sus labios en el caldo, cuando sintió que recobraba las fuerzas como por encanto, y, tendiendo el pan á la anciana:

—¡No tengo hambre!—la dijo.

—Poco importa. Guardadlo. Es para vos. Mañana, de seguro, os consideraréis feliz al encontrarlo.

—Es verdad (contestó la niña). Y, además, lo puedo repartir entre los que estén más necesitados que yo.

La anciana la indicó que la siguiera, haciéndola subir unos cuantos escalones y atravesar una sala que precedía al dormitorio. En esta habitación se veían colgados de los ganchos de los percheros diferentes prendas de vestir, ropas de mujeres y niños, usadas, manchadas, y provistas todas de sus correspondientes tarjetones con su número de orden. Al pie de cada percha se hallaban los zapatos cuidadosamente colocados, y separados rigurosamente para evitar confusiones. Eran los trajes y el calzado de las mujeres y niños que descansaban al otro lado de la puerta del dormitorio, y cuyas ropas estaban allí desinfectándose, envueltas en una atmósfera saturada de vapores de azufre.

Jamás la miseria se le había aparecido á Genoveva bajo un aspecto más desconsolador. Las suelas de los zapatos, impregnadas del lodo de las calles, humeaban todavía al desprender en aquella

tibia atmósfera la humedad que encerraban. Existía en la estancia una humedad mal sana. Allí se veían también sombreros de paja, adornados de flores descoloridas, todos abollados, manchados, y chorreando aún el agua de la lluvia que les había caído encima. Todo en un estado deplorable. La más insignificante de aquellas prendas acusaba la miseria y el hambre.

Había también capitas de niño, sombreritos ya deteriorados. ¡Tan pequeños, y ya en aquel infierno!

Si Genoveva hubiera podido llorar, hubiera llorado. Pero se sentía incapaz de hacerlo; su voluntad no regía. Había en su estado algo de automático: se la mandaba ir, iba. Se sentía cogida por el engranaje de una infernal máquina, y no trataba de resistir.

La anciana empujó la puerta que comunicaba con el dormitorio, é hizo entrar en éste á Genoveva.

Había en él una doble hilera de lechos planos, con colchones de cuero lustroso, rellenos de crin, sobre cada uno de los cuales se hallaba extendido, sin ningún cuidado, un cobertor.

Sobre uno de aquellos lechos vacíos se dejó caer Genoveva, quebrantada por la fatiga y el marasmo en que la había dejado el baño. No obstante, se extendió en él con una especie de brutal voluptuosidad, envolviéndose en la manta y cerrando los ojos.

—Voy á descansar (se decía); por fin, voy á descansar.

Al poco rato oyó elevarse cerca de sí el rumor de débiles suspiros y apagadas quejas. Abrió los ojos, y miró á su alrededor.

La inmensa sala, de paredes desnudas, con sus

lechos planos, sobre los cuales yacían como petrificadas é inmóviles una porción de mujeres acostadas, tenía algo de fúnebre, asemejándose á un vasto depósito de cadáveres.

La luz que reinaba en la estancia, aunque tenue, permitió, sin embargo, apercibir á Genoveva en el lecho inmediato, que casi tocaba con la mano, á una pobre criaturita dormida sobre el seno de su madre, que, sufriendo, sin duda, se quejaba entre sueños. Recién nacidos apenas, estos hijos de la miseria recogen tristes recuerdos. Delante de sus ojos, apenas abiertos á la luz, se destacan con sombrío colorido visiones de sufrimientos.

—¡Pobre criatura!—dijo entre sí Genoveva.

Y la contemplaba medio desnudita, estrechándose contra la garganta de la madre, preciosa y delgada joven, por cuya entreabierta boca se escapaba el silbido de una respiración fatigosa.

Por debajo de la corta manta se veían salir los pies de la madre, rígidos é inmóviles como los de una muerta.

Aun durmiendo, esta mujer tosía, pero con una tos profunda y desgarradora.

Genoveva, levantándose, tiró dulcemente del cobertor que cubría á aquella madre infortunada, hasta que consiguió abrirla los pies.

—¡Oh cuánta miseria!—pensaba la joven, olvidando sus propias amargas.

Y entonces recordó su infancia sin sonrisas, su adolescencia sin ternura, su juventud sin amor; preguntándose si aquella mujer y aquella criaturita no serían mucho más felices con morir, puesto que con la muerte hallarían el amparo y el descanso que la vida las negaba.

—¡Oh! ¡la muerte es la alegría para el que sufre!
—se repetía Genoveva.

Pero entonces le pareció oír, en medio del éxtasis en que estas reflexiones de paz eterna la habían sumergido, que la dulce voz del cantor irlandés la respondía:

—La alegría está en el amor, Genoveva: yo te amo.

¡Era amada! ¡Ella, que hasta entonces no había encontrado otra afección verdadera, sino la que le profesaba el mísero vagabundo de Bob!...

¡Era amada! Es decir, había otro ser dispuesto á sacrificar su vida por ella. Patrick se lo había dicho, y sabía de sobra que Patrick no mentía.

Poco á poco fueron confundiendo las imágenes delante de sus cerrados ojos.

Olvidió el siniestro lugar adonde se hallaba, y sólo pensó en Patrick Donegan.

Se hallaban solos á bordo de una lancha, bogando por las tranquilas aguas de uno de esos extensos lagos de Irlanda, que tantas veces le había oído describir en sus poéticas canciones. Primero ella había alcanzado pequeños guijarros de la orilla, y ahora Patrick remaba. La lancha hendía el agua con un ruido sordo. El cielo era de transparente azul. Gaviotas de grandes y blancas alas, negra cabeza y vientre gris, volaban rápidamente, siguiendo la estela de espuma que dejaban tras de sí.

La tarde moría en deslumbrantes juegos de luz. Allá, detrás de la enhiesta silueta de un elevado picacho, asomaba la noche, pronta á obscurecerlo todo. ¡La luz se marchaba, pero no la alegría que inundaba sus corazones!

Mecida por estos ensueños deliciosos, Genoveva se quedó dormida.

Gritos espantosos y agudos la hicieron despertar, sobrecogida de miedo. Se incorporó sobre su lecho de cuero, y trató de darse cuenta del tiempo transcurrido.

Algo lúgubre y aterrador ocurría en el dormitorio. Medio desnudas, despavoridas, espantosas, los senos desbordando por encima de sus camisas de lienzo, las mujeres corrían hacia la salida, atropellándose y derribándose las unas á las otras.

—¡Abrid! ¡Abrid, por Dios!—gritaban, pegando puñetazos sobre la puerta.

La lívida aurora de un día de Londres, aurora triste y húmeda, asomaba furtivamente por las pequeñas ventanas, abiertas en lo alto de las paredes. Á este amarillento resplandor, veíanse los saltones ojos de aquellas criaturas, cuyas facciones, alteradas y contraídas, denotaban el terror más profundo.

El cuadro no podía ser más tétrico. Aquellas criaturas de encrespados cabellos, jóvenes todavía, flacas y casi consumidas por el vicio y la miseria, arrojaban al pasar una mirada curiosa y llena de asombro sobre Genoveva, que no sabía si estaba bajo la presión de una pesadilla.

¿Cuál era la causa que las hacía atropellarse de esta manera, obligándolas á dejar el lecho, cuando aún el día no hacía más que clarear? ¿Por qué aquel pavor inmenso que las impulsaba á correr de esta manera extraña?

La joven miró al fondo de la vasta estancia, y al momento lo comprendió.

En aquel extremo, una mujer de elevada es-

tatura, agitándose y prorrumpiendo en nerviosas carcajadas, se hallaba de pie, con el seno y los brazos, de una morbidez asombrosa, al descubierto entre los girones de su camisa desgarrada, y el rubio cabello tendido desordenadamente hacia atrás.

Aquella joven hablaba, gesticulaba, gritaba, amenazaba.

Genoveva oyó que la llamaban «la loca».

—¿Una loca? ¿Está loca?—preguntó la niña á su vecina de cama, que mantenía apretada contra su seno á la criaturita, siempre dormida.

—Loca y furiosa; pero muy furiosa. ¿Cómo la habrán dado acogida aquí?

—¡Á *Bedlam!* ¡Á *Bedlam* con la loca!—gritaba una vieja, cuyo semblante gastado reflejaba una incesante movilidad.

La demente, gritando de un modo furioso, continuaba dirigiendo insultos y amenazas á un enemigo invisible, y Genoveva, asombrada, oía temblando que esta mujer pronunciaba el nombre de Tom-Black.

—La conozco (le dijo su vecina de cama). Es una antigua doncella, á quien un malvado sedujo, y que se ha vuelto loca. No habla más que de estrangularle.

Y aquella madre añadió dulcemente:

—Hará bien. ¡Miserables, que nos dejan cuando nos ven con nuestros pobres hijos, á quienes no podemos nutrir.

—¡Miserable Tom-Black! (aullaba la loca.) ¡Infame, bandido! Yo te arrancaré la lengua de la boca. ¡Te abriré el vientre con mis uñas, granuja! Y no le defendáis (añadió, volviéndose hacia las mujeres que la miraban). No le defendáis, ú os

corto los cabellos y os los hago tragar.... Tom-Black es un cobarde, os lo aseguro. ¡Me había prometido casarse conmigo, y estaba ya casado! ¡Muera Tom-Black! ¡Muera el infame!

Estaba, en verdad, horrible aquella criatura llena de vida y de fuerza, á quien la decepción y la cólera habían vuelto loca. Tenía la boca llena de espuma. Hacía horribles gestos, y creyendo tener al alcance de su mano al infame seductor, agitaba bruscamente sus crispados puños para herirle.

¡Tom-Black! Indudablemente aquel Tom-Black debía ser el propietario del *Hacha y el Ancla*.

Aquél *Don Juan* de las cuadras, de las tabernas y tabaquerías, debía haber hecho gran número de víctimas.

Genoveva se estremeció al pensar en él; pero ya no le temía.

—¿Cómo se llama esa mujer?—preguntó.

—Sarah Wilson,—respondió la vecina.

—¡No le defendáis, no defendáis á ese miserable! (gritaba Sarah.) ¡Tengo más fuerza que un toro, y, si le defendéis, os rompo la cabeza!

Y con los cabellos en desorden, los puños cerrados, echó á correr por el dormitorio, tirando cuanto encontraba á su paso, desgarrando las colchas, llorando, riendo, arrancándose los cabellos, y repitiendo sin cesar ¡*Muera Tom-Black!* Entretanto, todas las mujeres, aterradas, estaban en camisa agrupadas delante de la puerta, y gritaban:

—¡Abrid, abrid!

Verdaderamente la pobre Genoveva había caído en un infierno.

Aquellos rostros pálidos y enfermizos, cuya mayoría estaban señalados por el vicio, la atmósfera

"BIBLIOTECA UNIVERSITARIA"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

malsana que se respiraba allí, y todo aquel cuadro envuelto en la cenicienta claridad de un día nublado y triste, espantaban á la pobre niña. Era como un mal sueño lleno de horribles espectros, pero espectros en pleno día, palpables y amenazadores.

La pobre niña se creyó perdida cuando vió que Sarah Wilson se dirigía hacia ella con los ojos amenazadores y las manos extendidas.

Genoveva creyó que aquella mujer iba á matarla.

—¡Patrick!—murmuró, como si aquel nombre hubiese sido un adiós.

Después, mirando á Sarah Wilson, se puso de rodillas, y dijo con voz suplicante:

—¡No me hagáis daño, os lo suplico!

Los grandes ojos de la loca permanecieron fijos en la joven, y fueron tomando poco á poco una expresión de enternecimiento.

—¿Daño? (balbuceó Sarah Wilson.) ¿Por qué he de hacerte daño, si no te conozco?... Estás temblando.... ¿Por qué tienes miedo?... Vete, vete. Vamos, vete,—dijo, cogiendo á Genoveva por un brazo, y poniéndola de pie en el lecho de cuero.

Genoveva huyó, y en dos brincos se reunió con las demás mujeres. Acababan de abrir la puerta, y todas iban saliendo precipitadamente.

—Y á la primera que defienda al mentiroso, al cobarde, al bandido de Tom-Black (gritaba la loca), á esa (y su ardiente mirada daba más fuerza aún á tan horrible amenaza), ¡la arranco los ojos y me los como!

Genoveva estaba ya fuera del dormitorio. Todos sus miembros temblaban. La entregaron sus vesti-

dos impregnados de un olor á azufre, pero aun tenía que esperar hasta el mediodía para salir del *Work-house*. Le parecía que estaba en una prisión, y que las oscuras murallas del refugio la iban á encerrar para siempre. Esta angustia la sofocaba como una horrible pesadilla.

¡Esperar, permanecer más tiempo allí todavía!

—¡Esto es horrible!—murmuró.

La joven rubia, que sin duda oyó estas palabras, la dijo dulcemente:

—Pues el *Work-house de Kensington* es mucho peor todavía. Dan un pedazo de pan por la noche y otro por la mañana, y por lecho un poco de paja.

—¡Ah! (dijo Genoveva.) ¿Vais con frecuencia allí?

—Todas las noches. Voy de un *Work-house* á otro, y cuando he recorrido todos los de Londres, vuelvo á empezar. Ya comprenderéis: ¡cuando no se tiene casa!....

Todo esto fué dicho con naturalidad.

—¿Y.... vuestro hijo?—preguntó Genoveva.

—¿Enrique?... Come pan como yo.

En el dormitorio habían atado á la loca para meterla en un coche y conducirla á cualquier asilo. Á Genoveva le parecía seguir viendo sus ojos extraviados y escuchando sus gritos siniestros.

—Si continuase aquí, yo también acabaría por volverme loca,—pensó.

Por fin llegó el mediodía. Genoveva había pagado su hospitalidad haciendo algunas hilas. De los hombres que se acogen en el *Work-house* se exige mayor trabajo. Pagan con él el precio del asilo y del sueño.

Genoveva experimentó al salir una alegría pro-

funda: la alegría del esclavo puesto en libertad. Aquel dintel que le había parecido tan hospitalario algunas horas antes, le parecía ahora el de un calabozo, y creyó ver en aquel cielo nublado y triste los colores de la primavera.

Patrick esperaba ansioso á la joven. En cuanto ésta le apercibió, corrió hacia él, y aquella entrevista de los dos pobres niños perdidos tuvo la ternura castamente apasionada de dos novios que se ven después de haber estado largo tiempo separados.

—¡Ah! (dijo la joven); ¡cuánto he sufrido ahí dentro! ¡Creo que si estoy más tiempo, me muero, Patrick!

Y le contó sus temores y las terribles amenazas de aquella Sarah Wilson, que tanto maldecía á Tom-Black.

—¡Miserable! (dijo Patrick.) Hay seres nacidos para hacer daño. Donde quiera que hay una desgracia, va unida á su nombre. ¡Tom-Black, siempre Tom-Black!

—Pues bien (dijo Genoveva): á pesar de Tom-Black, quiero volver al Campo de la Puerta Azul, quiero descansar en la cabaña del viejo Bob.... Huir por las calles, no saber dónde reclinar la cabeza, tener que dormir en esos tristes asilos.... ¡Oh, no, no; prefiero la muerte!

Y los ojos, generalmente soñadores, de la *Francesa*, estaban brillantados por la fiebre, y agrandados por el terror.

XVI.

Una madre.

Patrick comprendía que era necesario hallar, antes de que la noche llegase, un techo seguro, al amparo del cual pudiera Genoveva, tranquila y sosegada, reponerse de tan terribles emociones.

Con tal objeto, desde el amanecer se puso á buscar este asilo; pero bien pronto se convenció de que las calles en donde se prometía encontrarle, repletas de irlandeses que vivían en continua lucha, no ofrecían abrigo tan seguro como el de la cabaña del viejo Bob, alrededor de la cual la fugitiva, al menos, contaba con amigos.

—Pues bien (le dijo Patrick): volvamos al Campo de la Puerta Azul, y si Tom-Black, ó cualquiera otro, trata de haceros algún daño, yo os defenderé, pues vuestro amor acrecienta mis fuerzas para esta lucha.

La terrible prueba de aquella noche de locura, de fiebre, en que una espantosa y lúgubre pesadilla había oprimido cruelmente el corazón de la pobre niña, había casi agotado sus fuerzas.

Con el placer que impulsa al emigrado hacia su patria, cuando regresa á ella, Genoveva volvió á